



El segador de la Juana

El emperador de Roma
tiene una hija bastarda.

Cuatro duques la pretenden,
los cuatro reyes de España.

Y andando tres segadores
segando trigo y cebada,

se enamora de uno de ellos,
de aquel que en el medio andaba;

la hoz traía de oro,
la empuñadura de plata,

la cinta de su sombrero
legua y media relumbraba.

Luego lo mandó llamar
por una propia criada.

“Oiga usted, buen segador,
que mi señora lo llama.”

“Ni conozco a su señora
ni tampoco a quien me llama.”

“Yo me llamo Teresita,
mi señora doña Juana,

mi señora es aquella
que está en aquella ventana.”

“Oiga usted, buen segador,
¿quiere segar mi senara?”

“La senara de usted
para mí no fue sembrada.”

“Séguela, buen segador,
si usted se atreve a segarla.”



“La senara de usted
¿en qué tierra está sembrada?”

“Ni está en alto ni está en bajo
ni tampoco en tierra llana,

está en un vallecito oscuro
debajo de mis enaguas.”

Y allá por la media noche
la señora recordaba.

“Qué tal va, buen segador,
qué tal va con mi senara?”

“Doce manadas traigo hechas,
para trece una me falta.”

“Maldito sea el segador
si no se atreve a doblarlas.”

“Maldita sea la señora
si a las trece no se hartara.”